

A un día del amor

Relatos breves

Elkin Restrepo



LETRA X LETRA

Restrepo, Elkin, 1942-

A un día del amor : relatos breves / Elkin Restrepo. -- Medellín : Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

112 p. ; 22 cm. -- (Letra x letra)

ISBN 978-958-720-122-2

1. Restrepo, Elkin, 1942 - Relatos personales 2. Poesía colombiana 3. Literatura colombiana I. Tít. II. Serie.

Co861.6 cd 21 ed.

A1336832

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

A un día del amor

Relatos breves

Primera edición: abril 2012

© Elkin Restrepo

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 48A # 10 Sur - 107, Medellín

Tel. 261 95 23

<http://www.eafit.edu.co/fondo>

E-mail: fonedit@eafit.edu.co

ISBN: 978-958-720-122-2

Ilustración de carátula: *Nube*, Alejandra Higuita Montenegro

Editado en Medellín, Colombia

Tabla de contenido

Presentación.....	9
Ciudad con vista	13
Del reír a solas.....	15
Viajero	18
Ciervos	20
Carnaval.....	22
Variaciones sobre un tema	24
Una pareja imperfecta.....	26
Una falta	28
Una enredadera.....	30
La casa.....	33
Una actividad insignificante	36

Excavadoras	38
Un regalo del cielo	40
Un pecador arrepentido	43
Un lugar lleno de huellas	45
Un abrazo fraterno	47
Sospecha	50
Primer beso.....	52
Objetos y cosas.....	54
Noviazgo.....	57
Un acontecer celestial.....	59
Artefacto	61
Lo que se pierde	63
Eso no está bien	65
La gran nube	67
La serpentina.....	69
La magia y el mago.....	72
Una amenaza.....	76

Invención	79
Infancia	81
Historias y zorros	84
Habitación y silla.....	86
Gatos	88
Fuga.....	90
Estatua.....	93
El sombrero de mi padre	95
Paralelepípedo	98
El durmiente.....	102
El cubo	104
Disquisición con el padre	107
Descripción de un objeto	109

Presentación

Cuando tenía dieciséis años quería saber, anticipándome, qué había sido de mí a los sesenta, setenta años; sobre todo, si mi pasión por la lectura y la escritura, por los libros, había logrado convertirme en un escritor, mi gran sueño. Pedía, como si eso fuera posible, que la vida pasara pronto, evitándome enfrentar tal incertidumbre y que, por un acto de magia, se resolviera dicho enigma. Mi gran enigma. Ignoraba que propio de la naturaleza humana es marchar a tientas y que la vida hay que hacerla día a día, y que a nadie, por más que lo anhele, nada se le da por adelantado. Pero soñaba, y siento cuánto de lo que soy ahora se lo debo a las inquietudes, afectos y perplejidades de aquel frágil y desconcertado adolescente que pedía llegar a viejo pronto para saber qué había sido de su existencia.

Hoy tengo una respuesta a mis inquietudes de entonces, algo que a otros con menos suerte se les rehusó o rehúsa por distintas circunstancias, porque mueren temprano o no consiguen desentrañar su destino o vivir se les convierte en una calamidad.

Hoy, por ejemplo, me pregunto por aquellos amigos de infancia y juventud, muertos o ausentes, de los cuales no volví a tener noticia alguna, cuyo sino fue luchar desde muy temprano, sin ventajas, contra la pobreza y la adversidad.

Con los años se descubre que la infancia no sólo es la verdadera patria, sino que a ella se vuelve por más que nos hayamos alejado. Allí permanecen, sobreviviendo al tiempo, las pirámides y las esfinges que los anhelos y ensoñaciones, los deseos de vivir, construyeron, igual que aquellos seres que el destino reunió para nosotros, amigos, vecinos y familiares: voces y ámbitos tallados ahora en piedra. Presencias que piden una lealtad.

Este libro, a mitad de camino entre el relato y el poema, nació de un “sentimiento de la infancia”, con su humor un tanto leve y absurdo, con ese ir sin saber a dónde, con su afecto por la belleza del mundo y el mandamiento de la sabiduría, y por su textura de mensaje entregado busca responder a esa lealtad y, en consecuencia, lo dedico a mi abuela María Gil (†), a mis padres Heriberto e Isabel (†), a mis siete hermanos y, en lo particular, a Hernán Mesa (†), Nelson Urquijo (†), Gamaliel Ospina, Sonia Nassar, Jorge y Humberto Borrero(†) y a la bella Nora de la que nunca volví a saber nada, y, principalmente, a quien, con sus fraternas conversaciones, me despertó el interés y la curiosidad por los diferentes órdenes de

la vida y el conocimiento. Al primer maestro, fuera de toda escuela, que me ofreció la vida: Juan José Zapata, marino (hasta la última vez que lo vi) de la naviera alemana.

Enero 30 de 2012

Ciudad con vista

El conjunto arquitectónico es heterodoxo y reúne por lo tanto múltiples estilos del presente y el pasado; tampoco falta la edificación extravagante, equivocada, que amenaza y pone en riesgo el concepto general. Pero, por más equivocada que parezca, la edificación tiene un sitio allí y, a la larga, su falta de razón se convierte en un avance en ese largo recorrido que una ciudad tiene que cumplir antes de ofrecer una vista completa, dejándose de ver en consecuencia como una anomalía.

Pero, si a eso vamos, de anomalía en anomalía, avanzando en una dirección u otra, es como la ciudad representa hoy lo que ha llegado a ser: la secreción de un sueño colectivo que no pone límite a lo más secreto de los instintos, afanes, gustos y miedos de sus habitantes. Por eso, las pagodas, las murallas, las pirámides, los ríos y los grandes puentes, las torres de cristal, las estatuas, los parques con ciervos y tigres, los barrios de calles adoquinadas, los bares clandestinos, el ladrillo, la madera, el cemento, convienen con todo aquello que allí existe.

Y todo lo que allí existe, con sus dimensiones, formas y colores caprichosos, puede decirse que cada día es borrado y, otra vez, con infinitud de correcciones y ornamentos, vuelto a levantar. De ahí la impresión para el forastero de que la ciudad, además de apeñuscada y difícil de transitar —los materiales, el polvo, los proyectos que se acumulan por todos lados—, no ofrezca mayor atractivo que el de decirle adiós enseguida. Habitarla, se comenta por lo general, sería como irse a vivir a un espejismo en medio del desierto, y alarma que no exista una autoridad estatal que imponga un poco de orden a aquel barullo de insensateces y mal gusto anexo a la decadencia del espíritu constructor que, por supuesto, es también la de los tiempos que corren.

Pero nadie hace caso a esto y las necias palabras se toman más bien como la confirmación de que en este sistema de cosas, tan ajeno a cualquier previsión, la urbe marcha y da forma a lo suyo, y que no está lejano el día en que aquel ímpetu se detenga atrapado por su misma inercia, ofreciendo al fin un panorama definitivo de la ciudad. Entonces sí, que vengan los cartógrafos y cronistas y con sus cuadrículas, compases e instrumentos nos brinden el mapa verdadero de la ciudad que amamos.